

## Diario «desechable». Nómina de una breve crónica boliviana

Gonzalo Romero Izarra

A principios del mes de enero del 97, desde la Asociación Cultural «Candela» de Madrid tomamos muy en serio la posibilidad de adentrarnos en la realidad educativa boliviana, a raíz de los contactos que durante dos años mantuvimos con las gentes que han enraizado parte de su vida en aquellas tierras.

Y así fue que desde los Seminarios de Educación Popular organizados por la Asociación Fe y Alegría de Bolivia, nos propusieron la realización de un seminario sobre Investigación Social en las ciudades de La Paz, Oruro y Potosí. Un total de 150 profesores y profesoras de los niveles de Primario y Secundario –masculino boliviano– participaron de los cursos. Mis miedos a priori consistían en no saber atinar con las necesidades de aquellos maestros y maestras andinos y correr el riesgo de regresar con la sensación de no haber hecho nada productivo.

Pero por mor de los encuentros personales, que a la postre nos fueron salvando de aquellos «miedos», un ramillete de nombres acogedores fueron haciendo posible que nuestros cuarenta días allí vividos no nos recordaran ningún «desierto», sino que fueron en verdad amplios oasis que ensancharon con creces el horizonte de nuestra esperanza, disipando las dudas sobre el objetivo de nuestro viaje. Ellos han configurado la narración que a continuación expongo:

### Eusebio Girona Cabrera: Sobre las claves del «permanecer».

Eusebio es, actualmente, catedrático de Teoría del Estado de la Facultad de Derecho de la Universidad Mayor de San Andrés en La Paz. Fue Ministro de Trabajo y Desarrollo Laboral durante el anterior gobierno de Gonzalo Sánchez de Losada. Le conocí en su propia casa del centro de La Paz. Nos invitó amablemente a compartir varios días catre y comida. Antiguo militante comunista; nunca abandonó sus ideas, aunque fue transformándolas al compás sociológico de su Bolivia natal. Ha recorrido el mundo entero compartiendo sus ideas sobre «*El nuevo desafío laboral*» o sobre su última reflexión publicada: «*Los efectos perversos de la certificación Norteamericana sobre política exterior en materia de narcotráfico*» (Boletín Jurídico, La Paz, Nº 71, 1 de mayo de 1997, que él mismo dirige).

Apunta Girona que «*la certificación* es un tipo de intervención de los Estados Unidos en asuntos internos de los países productores de alucinógenos. Las exigencias, cada vez más rígidas, los condicionamientos para otorgar la certificación y las amenazas en caso de incumplimiento, son una forma clara de inmiscuirse en las políticas de las naciones latinoamericanas»

Yo mantenía la atención a su relato como un discípulo sabedor de aprender. Su última publicación sobre los devastadores efectos de la llamada «certificación Norteamericana» se mezclaba con el relato de su experiencia prisionera. Fue capturado por su militancia coherente de izquierda popular. Torturado física y psicológicamente, decidió junto a otros compañeros, escapar. Que, como él dice, es la más sana decisión que un preso en esas condiciones puede adoptar. Decidieron organizar un partido de fútbol dentro de la prisión: presos contra funcionarios. Total nada: la vida o la muerte; la apuesta diaria para quienes están detrás de los muros hieráticos de la injusticia. Y afinaron el ingenio. Los desheredados estaban mejor entrenados en la partida. Siempre burlando vigilancias. Y ganó la vida. Por esta vez. Escaparon hacia Cuba, donde fueron recibidos con honores de héroes. En La Habana Eugenio se hizo docente. Y luego París, su segunda ciudad-amor. (La Paz en el corazón). Allí empezó a investigar sobre lo que es hoy su gran vocación: la «Teoría del Estado». Su regreso a Bolivia ha supuesto el reto de trabajar actualmente sobre su última pasión-debate: «El desafío laboral».

Y al desarrollo pausado y exhaustivo de estas ideas ha dedicado los últimos desvelos de su vida docente, que han desembocado en un libro que titula: «Doce propuestas para modernizar las relaciones la-

borales e impulsar la transformación productiva de la economía».

Y este fue el relato vivido con Eugenio Girona. Me recordó paciente que solamente arriesgando la vida es como se consigue la libertad. Y que al individuo que no se ha jugado la vida, se le puede, sin duda, reconocer como persona, pero no ha alcanzado la verdad de este reconocimiento como una conciencia independiente de sí mismo. Para los otros, o sea ¿el secreto? No sé, dice, quizá sea simplemente *permanecer*.

### **Guancho: El encuentro personal como evangelio (buena noticia)**

A Juan José Mateo Rocamora todos le conocen por Guancho. Como esos apodos de las pedanías españolas. En el curso de La Paz nos conocimos. No fue nada difícil encontrarme con este barbudo sacerdote diocesano de Murcia. Al poco, se entusiasmó con el curso sobre la Metodología Lipman y enseguida nos comprometimos para el año que viene: abrir la posibilidad de hacerlo en la propia prisión de San Pedro con los educadores que están compartiendo vida y hacienda con Guancho. Siete años en Bolivia no le han hecho olvidar que el buen murciano dice «¡pijo!» cuando acaba las frases. Párroco en El Alto, ese cinturón enorme de pobreza extrema y miseria que se hacina en los alrededores de La Paz. A Guancho un buen día alguien le dijo que hacía falta gente por los Andes. Y hacía falta Guancho en Bolivia –dicen por allá–. Cuando uno le pregunta por las gentes de El Alto o por su trabajo –oficio– con los presos de las cárceles de San Pedro y Chonchocoro, dice: ¡Ven y verás! Yo fui y vi, claro. Las horas con Guancho no tienen «minutos de basura». Guancho no cambiaría hambriento un pan, por compartir con los presos sus sueños más preciados.

A los presos de la cárcel de San Pedro les han robado mucho más de lo que puedan «pesar» todos sus delitos juntos. La entrada de la prisión sería una jauría caótica, si no fuera porque uno necesita saber que quienes están dentro son seres humanos. Y de eso se trata. De ayudar a existir con un mínimo de dignidad. Ayudar a que alguien allí dentro se sienta un rato persona. Todos allí son culpables mientras no se demuestre lo contrario, que para eso son pobres. Allí dentro se hacina lo que el capitalismo salvaje llama «excedente de población». Por morde que unos cuantos voraces se quedan con la mayoría de los panes y de los peces, el sentir bíblico se vuelve quimera imposible, valga la redundancia. La población de San Pedro malvive en un hábitat imposible. Quintuplican la capacidad de esta pocilga humana en donde el hedor de las celdas supera los límites de lo imaginable. Es un hedor inversamente proporcional a la capacidad de Guancho por hacer entrar allí, a empujones, la esperanza.

Me presenta a Sergio, recluso al que hace dos años le entrullaron. Tiene interiorizado y escrito que él forma parte de ese escuadrón de parias que no existen en la realidad oficial nada más que para estorbar. En estos dos años le ha dado tiempo a decorar las paredes de su celda con un curioso puzzle que forman pequeñas fotografías de los más variopintos personajes: desde Mussolini a Franco, pasando por Charlot, Katherine Hepburn o el mismísimo mago Merlín. Cada hueco de este inmenso mosaico tiene su instante mágico. Nada está puesto al azar; todo está pensado por Sergio y ofrecido al improvisado visitante (o sea, yo) como museo paciente de la historia personal de Sergio Ramírez. Cada centímetro cuadrado responde a una vivencia y a un pensamiento. Diríase que para él su celda es el pequeño espacio de libertad en el que la única barrera de su pensamiento es su propia especulación creativa.

A lo largo de los días en San Pedro, nos fuimos encontrando con los habitantes de una ciudad oculta, surgida de los barrios de lata y cartón que nada venden porque nada tienen y ya sabemos por activa y pasiva, que lo que no genera estorba y lo que estorba no vende y lo que no vende torna en trágica cadena de barranco y basura. Sus abogados corruptos compadorean con jueces corruptos de una democracia corrupta. Los débiles se vuelven más débiles y luego les llaman reincidentes. Los psicólogos que viven de los presos se encargan de servir en bandeja a las «autoridades» informes individualizados –unas cuantas horas de tests– en donde se tipifica al preso como «altamente peligroso», «de conducta antisocial», pero nadie denuncia; casi todos callan.

Casi todos ... porque todos los jueves, Guancho y unos cuantos que saben de eso llamado «alentar compromisos para el futuro», madres de presos fundamentalmente, se reúnen en la puerta de la Iglesia de San Francisco, en pleno centro de La Paz. Semillero de paciencia y efectivo pataleo; comunidad que reclama los Derechos Humanos concretos en la cárcel de San Pedro. Y allí, a veces sonrisa, a veces llanto, Guancho. En esa hora de jueves, esta comisión cada vez más numerosa, ellos son la eternidad. Una eternidad concreta y palpable donde la suma de los rostros apagados de las madres de los presos demuestran que dentro de cada situación de violencia hay mucha ternura escondida. Dentro de cada horror hay mucha maravilla posible porque la realidad es lo que es, pero también es lo que ella quiere ser y no la dejan ser.

Me enseñaron en unos cuantos días toda la esperanza junta: la guardería, el pequeño zoo adjunto, el proyecto «Kurmy» para niños y niñas de la calle. Allí estaban con sus mocos colgando buscando la ducha caliente. Pero de momento prefieren dormir en la calle. Bajo

cero, pero juntitos. Y junto al cura, Pepe y Ana, y Javier y Arantxa, vasca bendita que en el año que lleva en La Paz ya ha montado un taller de reciclaje de cuero y «aguayos» (mantas preciosas) en Chonchocoro, prisión de máxima seguridad. A los reclusos les permite comer algo fuera del «menú» oficial. Y sostenerse como pueden. Se trata, a veces, de sobrevivir. Y la misa. Lo que más me impresionó fue el «coro presidiario» cantando a Yupanqui por la libertad. Parece una cruel broma morbosa, si no fuera porque cada nota gritada es un desahogo vivo. Suenan los compases de aquella canción eterna, que es un emblema del oprimido: «Virgen Morenita» y los pelos como escarpas. Sí, la emergencia de vivir.

La casa de Guancho –la casa de todos– es pequeña, pero no falta de nada. Uno encuentra allí de todo menos... lujo y espacio. Lo mejor de sus siete años está allí. Pensamientos, frases, fotografías de recuerdos imborrables, su madre, Murcia, el Che; diríase que cabe entera la montaña de su fe, llevada allí y fabricada a golpe de cariño y encuentro. Un oscuro día sonó la puerta de su casa con un golpe tan fuerte que anunciaba en sí mismo problemas. Varias familias de indígenas venidos de las minas de Oruro estaban siendo literalmente robados por un par de tipos que, aprovechando las ausencias de estas familias itinerantes, compran a la Municipalidad paceña la vivienda que previamente habían alquilado a bajo precio esas mismas familias a esa misma Municipalidad y, a su vuelta, se encontraban con que debían pagar un alquiler muy superior a los nuevos «dueños». Guancho, Pepe y algunos otros se encadenaron en El Alto para protestar por la situación de flagrante injusticia. Varios paramilitares intentaron entrullar a Guancho y Pepe. A las pocas horas el obispo de El Alto empeñó su propia casa como aval para sacarlos de San Pedro.

Y Juan Carlos Pinto Quintanilla. Ex-presos de San Pedro. Por no denunciar a varios compañeros de un desaparecido movimiento pretendidamente guerrillero, cinco años de torturas. Hizo sociología dentro. Mérito. El doctorado después: «San Pedro, radiografía de la injusticia», se titula su trabajo.

Juan Carlos me dedicó su tesis publicada. La guardaré como reliquia, pensando en voz alta como tú, que la seguridad pública se ha convertido en una obsesión pública, y los gobiernos latinoamericanos confiesan su incapacidad para terminar con la delincuencia; pero jamás confiesan que esta es una guerra contra los pobres que generan sus propias acciones.

### **Ana Molins Llorens: Jugarse la vida, literalmente.**

Los pueblos que están abandonados a su suerte, los «desechables» de los que hablábamos al principio, podrían juntarse para emerger de debajo de las piedras en esta población perdida de la selva boliviana que atiende por Yucumo. Podrían juntarse para gritar al lado de esta comunidad de misioneras que un buen día decidieron, por distintos senderos, venir aquí.

Viendo los rostros de los niños y niñas asomar por entre las chozas semiderruidas diríase que Dios estaba distraído al llegar acá. El abandono ancestral al que está sometida esta gente sólo podría explicarlo el cuento de «Los hijos de la basura», donde un tal Buenaventura cuenta que la mujer y el hombre no habían tenido más remedio que hacerse a sí mismos y se habían creado con las sobras de Dios. Y por eso nacimos de la basura y tenemos algo de día y algo de noche y somos un poco tierra, un poco agua, un poco viento.

A los indígenas de acá agua les ha tocado poca. Mejor: les han robado la posibilidad de tenerla. Cua-

tro aserradoras funcionan día y noche alrededor de Yucumo. En manos de cuatro desaprensivos, piensan y ejecutan sus acciones tal como si fueran dueños de vidas y haciendas. Aquí el dólar corre sin ningún control «estatal». Les sale más barato gastar vidas humanas que tecnología y claro, la esclavitud está servida...

Llegar a Yucumo es una aventura. Avioneta desde Santa Cruz a Trinidad y otra avioneta desde Trinidad a San Borja. Tras dos días de viajes, con suerte, se planta uno en San Borja, desde donde subes a una «movilidad» (un camión de carga). Tras tres horas de atardecer increíble acompañados del sonido de los tucanes, llegamos a la acogedora choza de esta comunidad. Nati nos prepara enseguida una tortilla de yuca que fue una bendición. La yuca aquí es alimento básico. Tubérculo parecido a la patata y de sabor dulce.

Lo mejor de Yucumo –el colegio, los cuatro caños de agua corriente, la leche para que los niños no sean presa fácil de la tuberculosis, la luz eléctrica de seis a diez de la noche...–, lo han vivido «a pulso» entre el pueblo y ellas, que a fin de cuentas son la misma cosa. Nada les viene gratis. Aquí se madura como el plátano, rápido.

Asun es pamplonica y se encarga de intentar, poco a poco –siete años las contemplan acá– de fomentar una conciencia social a través de la educación. Veamos Fiesta nacional en Bolivia. Es 6 de Agosto. En Yucumo hay tres colegios. Uno, Adventista, financiado con dólares. Otro, fiscal, financiado con dólares. Estructura yanqui. Para celebrar «su» festividad, desfilan en perfecta sincronía. Rompen ladrillos con los puños en brillante exhibición de fuerza. Un montón de niños y jóvenes, en perfecta formación, cascando adobe como si fueran el mejor karateca. Al oído, Asun me susurra ante tal exhibición de dote forzosa y sincronizada que más vale que guardaran las

fuerzas para romper algo más que ladrillos. Los niños del colegio de la comunidad donde trabajan las misioneras –el tercero en discordia– salen a la explanada vestidos con trajes típicos de sus antepasados indígenas. Bailan y bailan sin parar, patean con fuerza la tierra que les vio nacer como si al patearla gritasen al mundo que les dejen ser ellos mismos.

No será fácil la apuesta; en Yucumo hay buena madera y mucho indígena aún dispuesto a morir por un puñado de arroz. La dignidad y el hambre son malos compañeros de viaje, dice Imelda, la boliviana que asume las labores de «relaciones de emergencia». Familias que vienen a pedir comida, medicina, leche, problemas de picaduras de tarántulas, serpientes... Y Ana. Ana Molíns. Valenciana. Coordina un poco todo. Se siente boliviana. Veinte años en Bolivia. Siete en Yucumo. Entregada a la educación, sabe a ciencia cierta que por sí misma –la educación– no puede ser el remedio a los males de la selva, que no son ajenos a los males del mundo, ni ellas tampoco curan nada, pues de lo que se trata no es de curar, sino de restituir lo robado –¿quién celebró con tal boato aquellos fastos de los 500 años y por qué?–. Hará falta mucho valor, mucha comunidad, mucho compromiso, mucha vida derramada en el mantel tendido de la pobreza de siglos para compensar tanto robo y tanta sombra ancestral...

Un buen día un indígena propinó un golpe a un capataz de las su-

sodichas aserradoras. Vino a refugiarse a casa de Nati, Asun, Imelda y Ana. Se presentaron los paramilitares. De nuevo aquí. Contratados por quienes «manejan». Un grupo de indígenas se concentró a las puertas de la casa de ellas. Se los llevaron a todos a la fuerza en un camión Asun con ellos. Logró sacar a todos menos uno de la tortura de la prisión. Conocía a una fiscal que echó una mano. Al cabo de unos días, un desconocido les puso a Asun y Ana una pistola en el pecho, amenazando con que si se volvía a repetir...

Otro día una madre «aymara» aullaba al ver a su hijita de año y medio muerta. Tuvimos que arrancarle a su hija de los brazos para poder enterrarla. Asun miraba al cielo, al tiempo que derrama agua bendita en el cuerpecito aún caliente del bebé. Muerta de abandono y miseria.

Aquellos amaneceres de la selva, donde el gallo canta no tres veces sino cien...

Anuncian quizá, que Yucumo un día despertará.

Cuando la solidaridad para muchos se ha quedado reducida a levantar las blancas palmas de sus manos el día en que los medios de comunicación dicen que hay que salir a la calle a protestar por sus instrumentalizados muertos...

Cuando la muerte y el terror y la ética no son más que un juguete consumista en manos de las revistas del corazón...

Cuando las realezas invitan al pueblo a los funerales de sus muer-

tos, y los pueblos no reclaman jamás asistir a sus banquetes...

Cuando muy pocos se dan cuenta de que incremento de beneficio es necesariamente igual a aumento de pobreza... y, por tanto se lucha contra los pobres y no contra la pobreza.

Cuando los pueblos, ciegos de egoísmo y consumo, piden seguridad ciudadana, sin saber que ese grito será aprovechado por quienes alimentan esa misma inseguridad,

Cuando las multinacionales de la seguridad privada necesitan alimentarse de la inseguridad para sobrevivir...

Cuando lo más noble y hermoso del ser humano se convierte en religión... y la religión en iglesia gestora de normas morales.

Cuando nos hacen creer que la suerte no está en nuestras manos, sino en los viernes de la bonoloto...

Cuando muchos maestros y maestras confunden educación con libro de texto...

Y cuando, en fin, uno sea capaz de hacerse más «desechable» con quienes debemos el tributo de haber despertado parte de nuestra humanidad...

Cuando todo esto pasa a este otro lado del mapa, abrazo los nombres que han hecho posible mi esperanza en el hombre y la mujer. Volveremos a Bolivia, si los hados son propicios. Traemos mucho más de lo que os hayamos podido aportar.